



En México D. F., c. 1963.  
Fotografía de Hernán Díaz.  
Colección Biblioteca Luis  
Ángel Arango.

# Recepción del legado garciamarquiano

ENRIQUE SERRANO

*Con Gabo nos reuníamos a hablar la vaina.*  
Álvaro Mutis

EN la literatura, como en la vida, nunca se va derecho hacia ninguna parte, pues siempre hay desvíos, desvaríos, vacilaciones y atajos. El mundo deriva en grandes catástrofes, y la vieja vida de todos los días se convierte en el recuerdo en algo definitivo, añorado. Rogamos que el mundo tenga algo firme sobre lo cual apoyarse, porque la deriva en la que tan dulcemente hemos vivido a pesar de ensoñadora, es insegura. Se llega, y no se llega, a un destino presunto. Las rutas se curvan y se entrelazan, se tuercen y se mezclan sin aviso. Y no pocas veces se pierden en una maraña de densos nudos. Pero hay siempre –y es un milagro– reencuentros repentinos, mágicas reapariciones y sendas nuevas que se revelan al viajero que marcha con tino. Eso es parte de lo que nos enseñó con creces Gabriel García Márquez.

En efecto, le debemos el habernos abierto los ojos a tantos caminos, el habernos confundido cuando todo era demasiado simple, y el habernos aclarado el panorama cuando las aguas turbias llenaron el estanque. En su mundo es habitual ponerse en estado de trance y transmitir esa perplejidad con gran desparpajo a los deslumbrados lectores. Sus muchos méritos ya están reseñados, y quizá muy pronto serán develados otros nuevos con prolijidad. Valga este esfuerzo más bien para mostrar lo que ha dado el paso de García Márquez por el panorama de la literatura latinoamericana –y colombiana del siglo XXI–, y los desafíos que se ciernen sobre ella, en tanto que su inmensa sombra se proyecta sobre quienes están dispuestos a recibir y a hacer fructificar su herencia.

Por estirpe retoño del gran Caribe, el hijo del telegrafista de Aracataca, magnífico periodista y lexicógrafo de altos vuelos, puntilloso escritor de cuentos y novelas y cuidadoso estilista del lenguaje ha sabido desplegar las velas de una imaginación galopante, y también usar la precisión del cronista y del retratista para almas complejas cargadas de muchos vericuetos, opacidades y minuciosos detalles. Seres que nunca se resolvieron del todo, que pasaron por el mundo

Colombia. Comunicador Social y Filósofo de la Universidad Javeriana. Candidato a doctor en Filosofía de la Universidad Javeriana. Máster en Estudios de Asia y África del Colegio de México y Máster en Análisis de problemas políticos económicos internacionales en la Universidad Externado y el IEP de París. Actualmente se desempeña como profesor de planta e investigador de las líneas en Asuntos y dinámicas internacionales e Historia y filosofía políticas del Centro de Estudios Políticos e Internacionales de la Universidad del Rosario. En la actualidad forma parte del Consejo editorial del *Boletín Cultural y Bibliográfico* y es autor, entre otros, de los libros *La marca de España* (1997), *De parte de Dios* (2000) y *Tamerlán* (2003).

con inquietudes que fueron fecundas, con perplejidades que abrieron caminos e inauguraron estirpes, refundando la tierra, como si hubieran sido incontables veces los primeros hombres.

Así, su arte se refleja en los hijos de las casas polvorientas en las que creció y en las mentes reflexivas que asimilaron la tradición de su entorno; ha consagrado en páginas de oro sus laberínticas lucubraciones y esfuerzos, y con ellas deslumbró al mundo entero a través de toda una vida de magníficas ejecutorias, viajes intempestivos, conversaciones infinitas y sabrosas anécdotas. Este tono alegre y al parecer desenfadado de nuestro autor es, sin embargo, una ilusión: todos los asuntos de los que trata en sus obras son esenciales y están referidos a arquetipos y principios elementales, como si de los escritos de un filósofo presocrático se tratara.

Su poderosa voz ha marcado el destino y el rumbo de varias generaciones en Colombia –y más allá de sus fronteras– y su obra goza de una gracia y un prestigio sin precedentes en el mundo. No solo por su propia grandeza, sino por la limpidez del impacto que ha producido en nuestros tiempos, sus textos se han convertido en joya perdurable de la lengua española y en espejo de maravillas de la literatura. Ha sido traducida y estudiada en casi todas las demás lenguas del mundo y leída por cientos de millones de admiradores y detractores, dejando en ellos impresiones fuertes y recuerdos fervientes.

Pero, ¿qué pueden hacer sus herederos –escritores de nuestros días– con su obra y con su estilo, en casi cada punto inimitables? ¿Cómo puede asimilarse su peso y proyectarse hacia el futuro su legado? Sin duda, con tales cuestiones se trata de algo difícil de resolver a simple vista, puesto que toda interpretación de la obra de García Márquez se ha revelado hasta el momento como algo inacabado y conjetural, cargado de prejuicios políticos o estéticos, y tan solo el tiempo –esperamos– nos permitirá tomar la distancia necesaria para contemplarla con ánimo sereno, si acaso no con la frialdad del observador neutral. Se trata de arduos retos sobre los cuales se ha discutido mucho ya, sin llegar aún a respuestas claras ni a propósitos razonables.

La asimilación completa de la narrativa de este autor está proyectada hacia el futuro y será lenta, ardua y paradójica. Sus misterios no son moneda corriente y su lenguaje resulta difícil de transvasar para quienes, habiendo sido sus lectores, se dispongan a “hacer algo completamente distinto”, como suele decir quien pretende desmarcarse por completo de su influjo gigantesco. Es claro que la grandeza y los valores que inspiraron a García Márquez son universales y siempre habrá quién los destaque y quien quiera hacerlos valer. Pero escribir como lo hizo ya no es posible y no lo será nunca más.

Y esto es válido no solo para quienes se dedican a la crítica literaria, sino también para quienes han seguido la trayectoria de García Márquez a través de la política, del periodismo y de la estética de la lengua española. Como era común decir de algunos genios del Renacimiento, no se puede escribir ya sin él ni escapar de su influencia. Se ha hecho necesario conocer y comprender su arte literario para estar a la altura de la comprensión del presente y para emprender cualquier labor narrativa hacia adelante.

Su legado es en efecto múltiple y debe ser abordado en su plural condición. En primer lugar, dio visibilidad y legitimidad a la literatura de todo un continente



Gabo con Luis Miguel Dominguín,  
Alejandro Obregón y Álvaro Cepeda  
Samudio.

Cortesía Fundación La Cueva.

Con el compositor Rafael Escalona.  
Barranquilla, c. 1951.

Fotografía del álbum familiar de Mercedes  
Barcha. Cortesía Fundación La Cueva.

En esta máquina de escribir realizó la  
primera versión de *La hojarasca* y sus  
escritos para *El Heraldo*.

Cortesía Fundación La Cueva.





–región del mundo que solo era débilmente conocida hasta los años sesenta– y que ha dejado al mundo actual –y a la hispana condición en particular– frutos riquísimos y variados. En segundo lugar, García Márquez se declara heredero de la tarea narrativa de viejos maestros, e intérprete de sus logros; tuvo, sin embargo, el vigor necesario para hacer de ellos su propia síntesis y descargar en su literatura los golpes de martillo que su historia creadora le tenía destinados. Puso en juego más recursos, abordó con lucidez nuevas técnicas y fue capaz de integrarlas a su literatura sin producir la impresión de un pastiche mal digerido de alternativas de creación.

Cabal para abrir caminos y hacer experimentales recorridos, ha recogido la tradición de la narrativa oral del Caribe, cargada de un encanto y un poder universales, para darle un alto tono contemporáneo. Personajes, historias, anécdotas y reflejos constituyeron formas de narrar que habían atravesado los siglos de América –y quizá algunos anteriores– para venir a ponerse a la altura de los problemas y los lectores del siglo XX, y ahora de los del siglo XXI. Pero, incluso entre quienes no lo comprenden, o no lo aprecian, su genio ha sido capaz de dejar profundas huellas. Ha marcado una época, y ha sabido resistir a los ácidos influjos que disuelven las modas literarias o las sumen en el olvido.

Es cierto que García Márquez bebió el influjo de Faulkner y Hemingway revuelto con el de Lezama Lima y Carpentier. En esas leches revueltas halló las marcas de una literatura desbordante de vitalidad y riqueza expresiva, sin perder la rigurosa vocación de coherencia interna. Es cierto también que su originalidad no radica en lo que dicen sus escritos, sino en su capacidad para tamizarlos de un poder cósmico con limpidez y desenfado; inteligente construcción de personajes y de escenarios, fuerte carga psicológica, fuerza declarativa para abordar las historias y concisión y claridad en la ejecución son las virtudes cardinales que logró hacer propias. Se trata en su obra de descubrir un mundo abierto y abarcar un horizonte inacabado y cambiante que se abre al paso del lector, en medio de un vasto horizonte de posibilidades.

Como en una suerte de espejo, el universo intemporal de los seres y de las pasiones ha ido tomando forma en el Macondo garciamarquiano, y la forma que ha tomado produce una profunda conmoción en los públicos de todas las latitudes. Las traducciones no han mellado ni su encanto ni su deslumbrante significado y han dado a la lengua española el regalo de un ritmo desbordado y nuevo. No se trata solo de un abigarrado barroquismo en la expresión, sino también de una música propia, de un entramado de escenas y protagonistas que nunca soñaron con ser elevados a la categoría de arquetipos indelebles. Pródigo en descripciones jocosas, en el relato de paradojas y sabrosas anécdotas, no renuncia a un realismo implacable que desconfía de toda alucinación y quiere llamar al orden a los lectores respecto a los engaños y equívocos que parecen flotar en las palabras mismas.

De otro lado, García Márquez nos ha legado también una devoción fulminante por la prosa rápida y especiada, pero huyendo de los excesos del barroquismo.

Magnífico orfebre de la lengua, sus marcas de cuna caribeña, las mutaciones repentinas del argot de su infancia por una prosa elegante y clara y sus múltiples alternativas expresivas han quedado como bastión en la muralla del creador. Su extremada flexibilidad, la polifonía que respiran sus escritos y las naturales ambigüedades que se le imputan en algunos círculos no pesan para mal frente a lo contundente de su estilo y la poderosa voz propia que ha logrado forjar.

No en vano su obra cumbre *Cien años de soledad* ha sido elevada a la condición de clásico supremo –como el *Quijote*– para dar a conocer la lengua toda frente al mundo. Sus virtudes saltan a la vista: alegre y vivaz prosa, poética reconstrucción de universos perdidos, clara disposición al juego del pensamiento, potencia demolidora para describir y narrar; riqueza virtualmente infinita para dar cuenta de personajes, de situaciones y de historias. Estas y otras características han sido loadas por los críticos desde el mismo comienzo como una fuente inagotable de calidad literaria. Son, además, reflejo de una tradición narrativa que palpita en cada página a la manera de cuentos de abuelas, crónicas de provincia y viejos relatos mitológicos.

No hay en la obra de García Márquez sitio para anquilosarse: Macondo retrata la condición humana misma. José Arcadio Buendía, Santiago Nasar, Fermina Daza, Melquíades y Remedios la Bella son arquetipos de personajes universales que persuaden por igual a lectores chinos, alemanes o sudafricanos. Lo que les pasa en el mundo parece menos trascendente que lo que sucede al interior de cada uno de ellos, como si se operasen en sus almas procesos alquímicos que derivasen en cambios inverosímiles en su talante, precipitando los hechos hacia cauces nuevos y trepidantes, como los autores clásicos del siglo XIX sabían hacerlo. Aunque fuera posible imitar las formas en las que esta literatura se desarrolla, no sería factible pegar todas las piezas y obtener con ellas un conjunto coherente.

Una de las virtudes fundamentales del legado garciamarquiano consiste, por tanto, en que a pesar de que el mundo en el cual él ha escrito ya no exista, determinó de modo trascendente el eje del mundo actual y recabó todos sus símbolos. Tanto en los artículos periodísticos como en la autobiografía de *Vivir para contarla* se hace muy patente que Gabo pertenece a un mundo irrepetible, tan crudamente original que suena desmesurado a los oídos de un lector perteneciente a generaciones posteriores, incluso en su Colombia nativa. Logra, sin embargo, hacernos creer que lo que sucedió –a pesar de ser sorprendente– era lo único plausible que podía haber pasado en un ambiente como el suyo. Esa singularidad ha dotado a la literatura universal de estandartes de renovación y de sorpresas que no se creían posibles en Occidente durante los años del desengaño que acompañaron a las dos guerras mundiales.

Los asombrosos dictadores del Caribe, los celosos funcionarios de un orden presunto o absurdo, los fieles amantes y enamorados que antaño fueran tan corrientes y hoy son apenas recuerdos, las solteronas impávidas, las matronas míticas pertenecen a la categoría de seres excepcionales que vivieron, no obstante, su vida de todos los días como si no tuvieran nada de especial o de particular. Como si estuvieran allí para pasar inadvertidos, para ser ignorados, y esa gloria no les hubiera sido concedida.

Por ejemplo, la abuela desalmada de la cándida Eréndira es nada menos que un fruto del desierto guajiro que el primer García Márquez vio transitar durante

los años de su juventud por los polvorientos caminos de un universo intemporal, pero estrictamente realista. Por citar otro caso, el legendario Melquíades de *Cien años de soledad* es el reflejo de muchos personajes que en las sabanas del río Magdalena mezclaban ciencia y religión misteriosa, y que todavía existen en pueblos y ciudades del gran Caribe, más dispuestos a enfrentar los desafíos que conllevan los entresijos de la retórica, que los lentos y exigentes procedimientos de las ciencias.

Así como García Márquez está tan determinado a persuadir a sus lectores de la veracidad esencial que poseen los mundos creados por él, así también sus textos respetan con rigor las fronteras de la verosimilitud, para evitar que las evanescencias de la literatura fantástica hagan pensar que el cabal escritor caribeño se ha vuelto loco o se ha salido de los cabales propios de un narrador sensato y decente. Nada de eso podía permitirse a un periodista de buena ley, cuya misión ha sido siempre interpretar de manera estricta los hechos efectivamente acontecidos y no los devaneos de la ficción pura. Es, además, un requerimiento clásico el hacer literatura pensando en que lo dicho no suene tan altisonante ni descabellado como para que no pueda ser narrado con sencillez por un ciudadano cualquiera, con pretensiones de ser creído como palabra digna de mérito.

Entonces, el tono con el que aborda los más increíbles temas y las pasiones más extremas de la vida humana es el de la calma, la moderación, el sereno temple y la buena disposición de ánimo. Plenamente consciente del carácter agitado que poseen los tiempos que le han tocado vivir, no se confina, sin embargo, en las “cimas de la desesperación” de las que hablaron en su día Cioran o Camus.

En Las Ramblas de Barcelona, durante la entrevista que concedió a la Agencia EFE, 11 de febrero de 1970.

Cortesía Agencia EFE/  
Newscom/EFE VISUAL





En la librería Scribner's.  
Nueva York, 1988.  
Fotografía de Hernán Díaz.  
Cortesía Fundación La Cueva.

Su literatura respira una suerte de pasmosa tranquilidad, a pesar de los contrastes furibundos de la historia, como si todo fuera natural y posible, y el asombro fuera brotando con lentitud, y no de las cosas particulares propias de un mundo desmesurado, sino de la conciencia de su totalidad, de la que se va participando en silencio, y en silencio percatándose de la grandeza el “descifrador” del relato, durante el ejercicio de su lectura.

Es esta propiamente la naturaleza paradójica de la obra garciamarquiana, pues al hacer normal y plausible lo increíble, deforma de modo deliberado los criterios de verdad que rigen el espectro restringido que domina el público. No creo que sea posible que los émulo de García Márquez puedan lograr en el presente o en el futuro un efecto parecido, sin sonar a falsos imitadores o a confundidos admiradores de un arte sutil, imposible de replicar. Y al admirar eso verdaderamente se consigue un efecto adicional: se cambia la concepción tradicional de la literatura como espejo imperfecto o retrato difuso de la realidad, y se la ve como contemplación mística de un universo maravilloso en el que ya habitábamos, pero del que apenas nos habíamos percatado. Como lo afirmase Wittgenstein, notamos entonces que “la verdad está en los márgenes”.

El hecho de lograr que lo asombroso parezca corriente rompe con la costumbre de los escritores realistas del siglo XIX, pero no abandona ni su rigor narrativo ni su compromiso secuencial con la realidad. Adviene, entonces, un ánimo jovial y una rocambolesca naturalidad en todo lo que se escribe acerca de las posibilidades del hombre sobre la tierra, el gozo de la vida, el paso del tiempo, la magnitud de los afectos y pasiones, el logro de las empresas más quiméricas, etc.

Desde su primer relato, llamado “La tercera resignación”, de 1947, los cuentos de Gabriel García Márquez expresan una vocación de síntesis de los anhelos humanos que recuerda más a Kafka que a William Faulkner, pero que irían

incorporando los ecos de éste, de Virginia Woolf, de John Steinbeck, Graham Greene y otros maestros de las letras que conmovieron el siglo. Esos influjos fueron, en cualquier caso, más notorios cuando empezó a hacer sus novelas y a dedicarse con determinación obsesiva al oficio de narrar, y a los deberes espirituales propios del oficio.

García Márquez no podía ser un simple discípulo de los grandes escritores de su tiempo, pues llevaba dentro de sí las huellas de una poderosa estela narrativa, propia más bien de los moriscos que “dieron lengua y nombre a la tierra” que bordea el Caribe, el mar cercano, cálido y propio. Tradiciones que no se respetan en su obra únicamente porque sean las propias, sino porque en ellas se perciben los acentos de una belleza intensa y conmovedora, y porque de un modo o de otro arrastran hacia metas muy distintas de las cotas cotidianas.

Es que en el fondo del alma caribe hay un rezago morisco andaluz muy obvio y muy enriquecedor. Estos antiguos y renegados andaluces de los siglos XV y XVI que en terrible hora abandonaron sus pueblos y sus alpujarras, trajeron consigo a América un acervo de recursos y giros lingüísticos que fueron moldeando con fruición en las costas caribeñas y que derivó en los milagros estéticos en general –y literarios en particular– que Martí, Nicolás Guillén, Lezama Lima, Carpentier, Piñera y otros muchos vertieran en obras maestras de ritmo y sonoridad, con el despliegue fácil y fluido de la grácil prosa o de la poesía más íntima y convincente.

En efecto, la historia secreta de esta asimilación pasa por muchos vasos comunicantes antes de alcanzar la pluma del maestro de Aracataca, y es por eso que pervive en muchos otros escritores anteriores y posteriores a la generación de los años cuarenta y cincuenta. Ya Gustavo Ibarra Merlano, Alfonso Fuenmayor, Ramón Vinyes, Álvaro Cepeda Samudio y demás miembros de la honrosa Cueva de Barranquilla habían salpicado sobre el joven Gabo el rocío fértil de un rigor metódico en la creación, una influencia lingüística acuciosa, una brillante imaginación y un ideario de rigor narrativo ejemplares.

Es pertinente comprender cómo se hicieron los cambios que tanto afectaron la obra de García Márquez, y de la escuela de La Cueva de Barranquilla pasó a la Bogotá y a la Caracas de los años cincuenta, atribuladas y febriles –luchando contra la Violencia colombiana o contra la dictadura de Pérez Jiménez–, y sus textos quedaron entonces impregnados del entusiasmo revolucionario y las simpatías socialistas que campeaban por aquellos tiempos. Larga habría de ser su huella y profundo su impacto en un ámbito todavía inconcluso e indefinido como era el de la América Latina de los años sesenta.

La vocación política de Gabo también ha sido objeto de muchas polémicas. Hijo de su tiempo, admirador ferviente de unos regímenes y enemigo acérrimo de otros, más de una vez sorprendentemente similares, supo dejar, sin embargo, a la política en el espacio de la especulación plenamente humana, sabiendo que nunca se podrá hallar una forma de gobierno perfecta y que la justicia no es algo de lo que alguien pueda tomar a voluntad posesión definitiva. Que el gobierno es una labor paradójica y que el poder lleva en sí mismo elementos peligrosos y desestabilizadores, que son una fatalidad y que no pueden ser nunca dominados del todo.

Esta lección de lúcida moderación que brindan los personajes de ficción creados por su pluma remite a una forma antigua de hacer política, en la que el poder

dependía solo del carisma y de la determinación de unos cuantos seres excepcionales. Las virtudes de las que hace depender García Márquez el logro o el fracaso de las empresas del hombre son esas cualidades del carácter tan simples y llanas, y de ellas, siempre falibles, no pueden derivarse más que inciertos resultados.

Nada parecido a una ciencia de la política, como hoy se pregona, y en la que todo estaría dispuesto para la asimilación de problemas, gracias a los múltiples obstáculos abstractos con los que se enfrenta el hombre contemporáneo. Los tiempos que corren son veloces y densos, como si en ellos no pudieran en absoluto pasar las cosas sorprendentes que le sucedieron a Aureliano Buendía, a Santiago Nasar o a Florentino Ariza.

En sus obras, la vida y la muerte palpitan una junto a otra como en los pasajes de las epopeyas medievales o en las leyendas, en las que la sola entereza, el favor de la fortuna –o el ritmo de las palabras que se emitían frente a ella– determinaban todo. Como en la tragedia de Tristán e Isolda, los simples gestos y las miradas indirectas comunican en las obras de García Márquez filtros secretos, revelaciones y pasmos que sintetizan la acción del torrente de las pasiones y sus arrebatadoras consecuencias.

También la labor periodística de García Márquez constituye un legado independiente, digno de una lectura a la vez cuidadosa y apasionada. Leer hoy los tomos periodísticos recopilados y prologados por Jacques Gilard resulta un ejercicio extraordinario de nostalgia, pero también una maravillosa experiencia de fluidez de estilo y gracia omnipresentes. Entonces, ser periodista significaba algo distinto de lo que hoy conocemos: el oficio no estaba nada lejos de la literatura y la forja se hacía día a día frente a la máquina de escribir, con dedicación y paciencia y examinando el sentido de cada palabra como examina el cirujano experto cada incisión que hace en sus pacientes.

En efecto, algo profundamente vital y definitivo se respira en la redacción de los textos periodísticos de García Márquez a través de su larga experiencia como observador e intérprete de un mundo que se precipitaba en el complejo entramado del presente, perdiendo con ello el valor mítico de ese pasado a escala humana en el que él había crecido. No lo que son los hechos mismos, sino lo que significan en el decurso de un tiempo subjetivo es lo que puede ser perdurable el trabajo del periodista, pues todo lo demás está sometido a la más cruda

García Márquez saluda a la prensa en un centro comercial en la Ciudad de México, cuando entró a un local para probarse algunos anteojos, 30 de septiembre de 2013.

Cortesía Agencia EFE/Mario Guzmán/  
(EPA) EFE/Newscom/.

En el 2007, cuando pronunciaba su discurso en el IV Congreso Internacional de la Lengua Española. Este evento fue un homenaje a García Márquez con la edición conmemorativa de un millón de ejemplares de *Cien años de soledad*, lanzada a los cuarenta años de la publicación de la novela. Cartagena, 26 de marzo de 2007.

Cortesía Agencia EFE/Ricardo Maldonado Rozo.



obsolescencia. Ese fue el prurito de los maestros que tuvo en su juventud y el que él ha seguido durante toda su vida, para dejar a la posteridad; ese modelo de periodismo es el que hoy tanto se extraña entre los conmovidos beneficiarios de esa tradición.

Pero, es claro que sobre el legado garciamarquiano todavía no pueden hacerse juicios definitivos y su obra se encuentra “contaminada” por la popularidad y el éxito que con tanta frecuencia resultan tan mal comprendidos, y que muchos reducen a mera caricatura. Las críticas sacuden el conjunto de la obra y las comparaciones confunden a muchos admiradores de obras literarias muy distintas a las que nos ocupa aquí. En ese carrusel de genios y de estilos es normal perderse y sentirse profundamente desorientado. Las modas pasan con una velocidad asombrosa y los criterios de juicio se relativizan de manera constante.

Por eso, se hace conveniente revisar algunas de las piedras de toque de las cuales proviene el rastro de García Márquez, pues los jóvenes apenas lo están conociendo y algunos de sus viejos lectores ya no lo recuerdan con claridad, debido a la superposición de otras muchas influencias y estéticas narrativas. Empezar de nuevo con García Márquez es una forma de rendir homenaje a su genio y de poder establecer nexos con lo que se ha escrito antes y después. Nadie que lo conozca bien puede negar que su obra requiere de muchas relecturas y recorrimientos, en trazos curvos y sinuosos, porque es la forma de hallarle finalmente el filo, el eje y la paradójica totalidad.

De la magia perpetua y elemental de los hechos y personajes de *La hojarasca* o *La mala hora* a la maestría madura y reposada de los últimos textos publicados por Gabo hay miles de matices que un lector corriente puede ir percibiendo si se dedica a observar no solo lo que sucede en los textos, sino los modos en los que se concibe y se interpreta el paso inexorable del tiempo y el ritmo trepidante del cambio operado en el mundo del autor. Todo este vasto panorama que aquí se aborda construye el eje de interpretación de la obra garciamarquiana, no ya para los especialistas y los críticos, sino para los lectores corrientes, es decir, aquellos que podrían sentirse llamados a escribir a partir de la experiencia que el maestro les prodiga.

Y es que ser un lector corriente significa, en este caso, no poder permitir que el ejercicio de la lectura de sus libros y crónicas sea algo propio de todos los días.

A la salida de una cena con amigos. Cartagena, 27 de julio de 2013.

Cortesía Agencia EFE/Ricardo Maldonado Rozo/(EPA) EFE/Newscom/EFEVISUAL.

Fotografía de solapa de la autobiografía del nobel titulada *Vivir para contarla* (2002)

Cortesía Agencia EFE/Random House Mondadori.

Bromeando con un fotógrafo durante la reunión semestral de la SIP en la que el escritor colombiano participó como invitado especial. Los Cabos (México), 14 de marzo de 2004.

Cortesía Agencia EFE/Víctor Paz.



Cada lector de García Márquez se siente especial, bien tratado y elegido por él para entregarle las claves de este milagroso laberinto de marañas, como si fuera un presagio de encuentros y descubrimientos al interior de su propia mente, que han nacido por cuenta propia y que jamás lo dejarán indiferente. Es sobre esta cercanía con los bordes secretos del lector sobre la cual es verosímil edificar una interpretación de su legado para los escritores latinoamericanos y colombianos de nuestros días.

Gabriel García Márquez siempre ha sido un gran lector y como en tantos otros genios se puede percibir claramente las huellas de sus inspiradores. Faulkner ocupa por supuesto un lugar especial, no solo por su obsesión con los “mundos paralelos”, sino por su gran maestría para traerlos hasta el mundo presente con toda su vigencia y su veracidad. De los libros que leyó en su juventud –bajo el consejo y el cuidado del sabio catalán Ramón Vinyes– quedaron ejemplos extraordinarios, lecturas fragmentarias pero apasionadas de casi todos los escritores fundamentales de comienzos de siglo. Ya para odiarlos o para amarlos había que conocerlos, y entender los ambientes en los que habitaron.



A veces se siente la cercanía de John Dos Passos o de Hemingway en los diálogos, cuando estos se refieren a personajes de cuya jerga pueden derivarse grandes consecuencias para el conjunto narrativo. A veces, por el contrario, las largas descripciones de personas hacen recordar a Aldous Huxley o a William Golding, pues se diría que las letras anglosajonas le dejaron mucho más conmovido que las francesas o las alemanas: la eficacia del lenguaje y su condición tienden a triunfar sobre la prolija retahíla del erudito, pero está claro que incluso la economía de recursos deben tener para él un canon y unos criterios mínimos. Nada que rompa sin contemplaciones la estructura del relato y se aloje en las sentinas de lo incongruente.

Su característico recelo frente a toda anarquía en la escritura se ha conservado hasta el presente; con tal recelo contrasta cualquier forma de escritura automática o de vulgaridad expresiva. Cada palabra soez, en donde la haya, ha sido cuidadosamente preparada y “situada” para que no produzca un efecto envilecedor, sino para que refuerce la emoción y realce la potencia de la prosa. Cada expresión fuerte o picante se halla dentro de un ámbito definido y deliberadamente explorado para garantizar su uso y elevar su significado.

Los adjetivos también han sido tratados con el cuidado necesario para evitar caer en la trampa de una redacción hiperbólica. Cuando alguna palabra nueva aparece se forma a su alrededor una suerte de tensión, de modo que nunca queda sin ser explicada o referida al contexto en el que pueda alcanzar mayor eficacia. La ausencia de gratuidad que hay en esta práctica comporta una forma de ideal caballeresco de la escritura, por el cual todo debe ser aclarado en caliente, con la prontitud y la precisión necesarias.



La condición de lector comprometido que Gabo ha tenido durante toda su vida le han hecho afirmar muchas veces que nada es gratuito en literatura, y que todo es producto de una asimilación más o menos inconsciente, pero en cualquier caso concluyente de un pasado lingüístico y literario que fluctúa entre el humor y la tragedia, la ironía y la plegaria. Si se menciona algo al paso de otra cosa, es preciso regresar al punto en el que se recuerde y se retome lo que se ha dicho a la sazón, para que forme parte del conjunto y no quede a la deriva. Con la humildad debida, creemos con firmeza que el respeto que hay implícito en estas actitudes nobles es un baluarte que merece ser conservado o restablecido en la tradición literaria, quizá avocada hoy a la adoración insensata de las vanguardias europeas o estadounidenses.

Firma de autógrafos de la edición conmemorativa de *Cien años de soledad* publicada por la Real Academia Española en 2007. Cortesía Agencia EFE /Ballesteros.

Ha representado un gran esfuerzo de parte de los biógrafos y de los críticos el intento, casi siempre fallido, de interpretar al pie de la letra la obra de García Márquez. Evidentemente, la tentación de hacerlo es muy difícil de eludir, pero esta actitud escudriñadora y analítica no pertenece a la tradición ni al talante con los que el autor ha realizado su obra. La idea de que existiría una –o unas cuantas– claves secretas para descifrar de una vez por todas los misterios garciamarquianos es una entelequia y conduce al autoengaño o a un estado de severa confusión. Solo el trabajo de leer en forma lenta –o rápidamente si se prefiere– la obra entera puede ir entregando la sensación de que se ha comprendido “la vaina”, como si de *una piedra filosofal* que habitara en el centro del conjunto se tratara.

Para los escritores colombianos no caribeños siempre ha sido más difícil comprender y compartir cómo este gran maestro ha producido su obra descomunal, y por qué se le han ocurrido las cosas precisamente de esa manera. No hay una respuesta para tal interrogante, ni alternativas que no sean las de seguir en el trance de recorrer sus páginas y dar cuenta de los hallazgos que comportan. Esta tarea “fenomenológica” debe seguir haciéndose por largo tiempo aún, y quién sabe si nos lleve a buen puerto. Con toda seguridad, han ido acumulándose razones para tener en cuenta qué es lo que la literatura nacional significa después de García Márquez, y cómo existen otras posibilidades y acentos que pueden descifrarse y comprenderse. Otros deberes que marcarán la pauta del futuro, cuando ya su obra haya cosechado muchos más frutos.

Por tanto, debemos considerar aún más que la sombra que proyecta la obra garciamarquiana es gigantesca y que ha logrado que más de uno se sienta aplastado por ella. Constituye un privilegio y un derecho el conocerla y apropiársela como lo que es: un legado irrepetible, sorprendente, plagado de placeres, secretos y encantos dignos de disfrutarse en cualquier hora y de conocerse con minucioso afán. Tan solo así haremos justicia y nos iremos contagiando de su fiebre, respirando su aire y habitando las orillas del Macondo infinito que, a diferencia del verdadero, siempre tendrá una segunda oportunidad sobre la tierra. ■